Con todo, Navarro logra una representación válida del ser incapacitado para la vida práctica que el Ferrater real (y el de la novela) fue. Pero no logran emocionar sus batacazos amorosos, tampoco sus propósitos de enmienda con el alcohol, ni su constante falta de dinero, aunque sí se husmea la tragedia de un personaje que venía de fábrica con una inteligencia tan omnímoda como insoportable: «Hasta sus virtudes se volvían errores, una forma de infelicidad y corrupción, precisamente porque era poco experto en el mundo verdaderamente corrupto y real». Y nos falta quizá lo más importante, la interpretación de la cuestión del suicidio, circunstancia esencial en la trama argumental desde la frase inicial de la novela: «Hubo una vez un hombre que a los treinta y cinco años prometió no vivir más de cincuenta».

Ese hombre fue Gabriel Ferrater, adolescente eterno en la ficción, que cada vez que el mundo se desordenaba más de la cuenta (por el amor, por la soledad, por el abandono), se buscaba un refugio de alcohol, seducción y palabras. Y eso, un hombre, es precisamente lo que se echa en falta en la *nouvelle* de Justo Navarro, porque se hace difícil cimentar un mito positivo a partir del alcoholismo furibundo, la tendencia autodestructiva y la desdicha del abandonado: un malditismo inverso cuando el Ferrater real no fue un maldito (al menos, convencional). En definitiva, *F.*, es una obra valiente que no acaba de cuajar, como sí cuajaron otras novelas de este importante autor (*Hermana muerte, La casa del padre* o *El alma del controlador aéreo*).

Marcos Maurel

Desmontando a Wordsworth*

«Los hombres de genio, dada su extraordinaria fuerza mental, son mejores como objetos de una admiración distante que como compañeros diarios», conclusión a la que llega Thomas de Quincey (1785-1859) tras su convivencia con los denominados poetas *lakistas* Samuel Taylor Coleridge, Robert Southey y, sobre todo, su prematuramente admirado William Wordsworth.

Thomas de Quincey, autor de brillantes ensayos como las famosísimas *Confesiones de un inglés*

* Memoria de los poetas de los Lagos, *Thomas de Quincey, Selección, traducción y notas de Jordi Doce, Pre-Textos, Valencia, 2003, 381 pp.*

comedor de opio y también *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, recopila en *Memoria de los poetas de los Lagos* una serie de artículos dedicados a su relación cotidiana durante quince años con William Wordsworth y los poetas mencionados de la región inglesa de los Lagos, a donde llega una tarde de verano de 1807 y permanece hasta 1821, año en el que se traslada a Edimburgo. La edición española a cargo de Jordi Doce utiliza como fuente la realizada por David Wright en 1970 bajo el sello de Penguin Classics, si bien prescinde de los breves artículos que no tratan directamente la relación de Thomas de Quincey con los poetas de los Lagos. Por otro lado, la edición española, traducida e introducida impecablemente por Jordi Doce, amplía sobremanera la anotación original de Wright porque, en palabras del propio Doce, «uno de los posibles encantos de este volumen puede ser vislumbrar el riquísimo entorno socio-cultural en el que se movieron sus protagonistas y en el que De Quincey se demora con evidente entusiasmo».

A pesar de la depresión aguda que sufre en 1834, fecha en la que comienza a escribir el conjunto de ensayos autobiográficos que constituyen *Memoria de los poetas de los Lagos*, y quizá por lo que supone de evasión mental a tiempos y escenarios mejores, De Quincey se demora en anécdotas y digresiones como si cogiera del brazo a su interlocutor y no le dejara partir. Pasándoselo bien, disfrutando de los vaivenes azarosos de la memoria. Todo ello para entregarse pacientemente al minucioso despiece de la personalidad oculta de una figura ya reconocida, respetada e idolatrada. La prematura adulación juvenil sin reservas da lugar con el paso de los años a la violenta decepción que la convivencia provoca en relaciones tan desequilibradas (y desequilibrantes). La decepción se asume como traición enfrentándole a uno con su propia ingenuidad, de ahí que un escritor tan poco convencional como De Quincey se tome su tiempo para saborear la venganza, demorándose de forma exquisita en digresiones de carácter literario o sociológico, anécdotas paródicas, descripciones caricaturescas (si no fuera porque lo hace bien a veces parece el mayordomo de Lady Di), siempre desde un excelente sentido de la musicalidad y el ritmo de una prosa «nerviosa y saltarina», en palabras de Doce, desde la dignidad formalista más anglosajona, la ironía, la condescendencia y el sarcasmo necesario para ir desmontando pacientemente lo que tanto había contribuido a levantar: el mito Wordsworth.

Todo comienza con una carta de esas que nunca se deben escribir. En 1978 se publican las *Baladas líricas* de Wordsworth y Coleridge, volumen que pone en marcha no sólo la

época romántica en Inglaterra sino también unos modos de concebir la poesía que sólo serán entendidos más adelante, en el siglo XX. De hecho, el volumen se abre con una especie de advertencia que se cura en salud señalando que la mayor parte de las composiciones habrían de considerarse como «experimentos» para determinar hasta qué punto «el lenguaje de la conversación en las clases medias y bajas de la sociedad es apto para los propósitos del placer estético». Las cuatro primeras composiciones son de Coleridge y el resto de Wordsworth. Pues bien el 31 de mayo de 1803, De Quincey fecha una carta dirigida a Wordsworth en estos términos: «Mi propósito al escribirle, señor, es que yo pueda tener en un futuro la satisfacción de recordar que hice al menos un intento por hacerme conocer ante usted, y que no perdí, por falta de esfuerzo, aquello sin lo cual, ¿de qué puede servirme la vida? No tengo otro motivo para solicitar su amistad que lo que (pienso) todo hombre que ha leído y sentido *Baladas líricas* ha de tener en común conmigo. No es necesario que exprese mi admiración y amor por estos encantadores poemas; ni tampoco me es posible hacerlo. Además, estoy persuadido de que la dignidad de su carácter moral lo eleva muy por encima de la pequeñez de cualquier vanidad que pudiera complacerse con un aplauso tan débil e insignificante como el mío, ya que la trascendencia de su genio hace que cualquier aplauso esté muy por debajo de usted». Comparemos estas palabras con las escritas en 1839 y sabremos del valor terapéutico que el dilatado relato de su estancia en la región de los Lagos tiene para De Quincey: «Ya un año después de nuestro primer encuentro me di cuenta de que era imposible estrechar lazos de amistad con un hombre de la naturaleza de Wordsworth [...]. Aprendí gradualmente, de hecho, que no sólo estaba expuesto a cometer errores, sino que, en algunos puntos de gran calado, era más frágil y vulnerable que la mayoría de los hombres [...]. Ahora lo consideraba una criatura híbrida, hecha de un especial vigor y de una especial fragilidad. Y, finalmente, le vi como alguien incapaz de entablar una relación amistosa en términos de igualdad».

Si uno de los postulados del romanticismo es la búsqueda de saber, un saber que supere la distancia del hombre respecto a la naturaleza y, por tanto, respecto a la huella espiritual que ha sido impresa en el mundo, *Memoria de los poetas de los Lagos* tiene mucho de viaje interior como búsqueda de ese saber y como mirada eficaz al exterior, observación activa, autónoma y perseverante del mundo de fuera, como aconsejaba Novalis. La naturaleza como entorno, como escenario de paseos, acciones y diálogos,

pero también, de forma semejante a la poesía de Wordsworth, como vehículo de revelación del alma y del sentido trascendente de la vida, está presente en los diversos artículos que componen el volumen. La escritura incluye también la emoción de percibir el tiempo transcurrido y de admirar cómo confluyen el mecanismo del alma y la memoria. El escenario provoca la añoranza de un lugar que marcó a De Quincey para el resto de su vida. Oriundo de los suburbios de Manchester, allí vivirá durante quince años, a la vera de la cuenca de Grasmere, que «irrumpe ante la vista con sorpresa casi teatral, con su encantador valle desplegado en la distancia y el lago tendido a sus pies, donde su solemne y se diría ladeada isla de cinco acres cuadrados parece flotar en la superficie; el trazo exquisito de la ribera opuesta revela todas sus pequeñas bahías y sus márgenes boscosos y salvajes, emplumando la orilla de helechos y flores silvestres. En un rincón, un pequeño bosque se extiende durante milla y media hasta la boca del lago, en directa oposición al espectador; unos pocos prados verdes; y más allá, apenas a tres tiros de flecha del agua, una cabaña blanca que destella desde el centro mismo de la arboleda». Se trata de Dove Cottage, la cabaña de Wordsworth que De Quincey habitará durante su estancia en la región de los Lagos.

Efectivamente, uno de los encantos del volumen es la atmósfera recreada de la vida al aire libre en un paisaje tan exquisito, las colinas de Seat Sandal y Arthur's Chair con las cabañas de los pastores esparcidas a sus pies, el murmullo alegre de la vida, «el sonido de las voces femeninas y la risa inocente de los niños». También el ambiente cotidiano que la memoria recrea con viveza y flexibilidad, las divagaciones y volutas refinadas explayándose en la demora de los desenlaces de las anécdotas. Escritor de escritores que diría Borges, De Quincey considera el estilo una forma de arte capaz de proporcionar placer estético en sí mismo. En este sentido, revoluciona la prosa ensayística de su época al igual que Wordsworth y Coleridge lo habían hecho con la poesía, saltando de un tema a otro, considerando la frase como «forma de música verbal», elaborando unos textos de arquitectura casi gótica por sus continuos entrantes y salientes, presto a la caricatura tan pronto como a la seriedad argumental. Estilo cuyas fuentes están en el largo aliento latinizante de Tito Livio, el siglo XVII inglés, la escritura barroca de John Donne, sir Thomas Browne, Milton o Paul Richter, a quien también admiró sin límites. «Esta prosa, que tanto influiría en Poe, Melville y los simbolistas franceses, no tiene más argumento que el azar de la memoria y la digresión», se nos dice en el prólogo.

Como recuerda W. G. Sebald en *Los anillos de Saturno*, para Thomas Browne no hay nada que tenga permanencia: sobre la forma nueva ya se cierne la sombra de la destrucción. Del mismo modo para De Quincey cuando en 1854 rescribe estos artículos con vistas a la publicación de sus obras completas. Como dice una vez más Jordi Doce en el prólogo, nada es válido si no es probado a cada instante: «En realidad, si no se entiende la necesidad de estos escritores de corregir de tanto en tanto sus obras, no se entiende uno de los principios fundamentales del romanticismo, que es el de dar sentido a la propia experiencia: este sentido, siempre provisional, depende de la relación entre experiencia y memoria, donde pesan gravemente las enseñanzas del tiempo, el tejido de conclusiones que envuelve experiencias semejantes». Conclusiones como ésta al final de una vida, Edimburgo, 1859: «Puedo mirar la muerte ya de frente, y sin estremecerme, porque sé lo que es la vida humana».

Jaime Priede

Revisitando a tía Enid*

Acaban de reeditarse en España –para venta en kioscos– algunas de las series de aventuras infanto-juveniles escritas por Enid Blyton: *Los cinco*, *Los secretos*, *Los siete secretos*, *Los misterios*. Sin bien muchas generaciones de hispanoparlantes crecimos soñando con las aventuras de sus personajes, el éxito de la escritora en el mundo de habla inglesa es absolutamente incomparable. Todavía hoy, después de setenta años de su primer libro, se venden cientos de miles por año, hay infinidad de clubes de fans repartidos por la Commonwelth, continúan filmándose, en Nueva Zelandia e Inglaterra, por lo menos dos series con los personajes de *Las aventuras* y *Los cinco*, ésta última desde adaptación de Gillian, hija de la autora. Tal es el interés y el fanatismo que, en 1997, Barbara Stoney publicó *The Enid Blyton Biography*.

Es posible que ese fenómeno se deba a que sus personajes y situaciones son muy ingleses: las aventuras sólo suceden durante las vaca-

* *Las series de Enid Blyton. Traducción de C. Peraire, Mercedes Folch, Juan Ríos de la Rosa y otros. Editorial Juventud para RBA Coleccionables S.A., Madrid. 2002/2003.*